FACULTAD DE MEDICINA DE BUENOS AIRES

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DEL ACADÉMICO

DR. D. PEDRO N. ARATA

LEIDO

EL 25 DE AGOSTO DE 1890

BIBLIOTECA
ARATA

BUENOS AIRES

Imprenta de Martin Biedma, Bolívar 535

1891

BIBLIOTECA
ARATA

SEÑOR RECTOR, SR. DECANO, SEÑORES ACADÉMICOS,

Señores:

Mi primera palabra, al ocupar un asiento en este recinto, es de agradecimiento por vuestros votos unánimes que me ligan aún más á esta Facultad, en la que me he educado y de cuyo cuerpo docente formo parte.

Verdad es que pertenezco á la Universidad como académico de otra Facultad desde su reorganización; que en ella he dado mis primeros pasos en el profesorado de la ciencia de mi predilección y que en ella he permanecido por quince años, pero, agregaré, sin olvidar nunca que era médico. Si por algún tiempo soñé en la ciencia pura, creyendo que podía ser una planta que arraigara en nuestro suelo, debí convencerme luego que entre nosotros, por ahora, no puede haber ciencia por la ciencia sola y que para tener prosélitos es menester encontrarle alguna aplicación

que la haga viable, más humana y aceptable á nuestros hábitos y costumbres.

He visto á la antigua Facultad de ciencias físico-naturales desmenuzarse, desaparecer y convertirse en una escuela de ingenieros, á la que quedé adscrito para enseñar una rama de ciencia, considerada como preparatoria de una carrera agena á mis inclinaciones y á las tendencias de mi espíritu. Vegeté como una planta exótica durante esos años y hasta dicté un curso de higiene para llevar á la enseñanza de la escuela alguna de mis tendencias, sin obtener por eso la realización de ninguno de mis ideales.

Cuando se me propuso el cargo de profesor de química en la Facultad de medicina, acepté con entusiasmo el puesto y desempeñé mis funciones, sino con las fuerzas, por lo menos con el ardor de mis primeros años de profesorado y hago constar que para mí el cambio ha importado un rejuvenecimiento en mis ideas y ha determinado el propósito de consagrar á la enseñanza una dedicación aún compatible con mis fuerzas.

Ahora habeis sobrepasado con vuestros votos bondadosos todas mis aspiraciones, pues nunca se me ocurrió que podría ser académico de esta Facultad, y en el nuevo puesto, si no teneis en mí un representante digno de las ciencias médicas argentinas, tendreis por lo menos un entusiasta y ardoroso cultivador de una ciencia que merece toda vuestra consideración y que había sido, hasta hace poco, descuidada en la enseñanza de la escuela de medicina.

Me refiero á la química, que ha dejado de ser la *sirvienta de la medicina*, desde que los químicos han creado nuevas ramas del arte de curar y que hoy es considerada en las escuelas de medicina á la par de

la anatomía, fisiología, terapéutica y aun de la clínica misma, pues esta cobra, con sus estudios, valor y fuerza para sus raciocinios y deducciones.

¿Quién puede hablar hoy de intercambios orgánicos, de metamórfosis de principios inmediatos del organismo animal, sin estudiar los cuerpos mismos que sufren esos cambios y esas metamórfosis?

Y la ciencia que os hace conocer todo esto es la química, como es también la que provee al moderno arsenal terapéutico de los más sorprendentes agentes medicamentosos, no ya encontrados, como antes, y por acaso, en un vegetal exótico, sino formados soldando los átomos con otros átomos por medio de maravillosos mecanismos de síntesis que obedecen á reglas fijadas por las teorías químicas que los preven con una amplitud de generalización y una riqueza de métodos sorprendentes para quien no ha seguido de cerca esta ciencia en sus rápidas creaciones.

La química es un instrumento de estudio poderoso, que promete al médico descubrir los secretos del organismo, estudiar agentes nuevos de aplicación inmediata y revelar nuevas vías en las diferentes ramas del arte médica: sin la química no hay higiene, farmacología y fisiología experimentales.

Tentado estaría de haceros una reseña de los progresos de la química moderna y de sus conquistas, que nos han conducido á la dilucidación de la constitución de los cuerpos, de su estado de agregación, de las maravillas que se saben hoy, sobre estas partículas llamadas átomos y moléculas, hablaros de cómo se agrupan y disponen en el espacio para dar como resultado propiedades características á las sustancias y cómo puede llegarse á saber todo esto que parece inaccesible á la experimentación, como inac-

cesible parecia averiguar la composición, de los astros y que por una atrevida concepción confirmada por la experiencia de nuestros laboratorios, resulta clara, precisa y evidente.

Pero los problemas de la química de nuestros días se han ido acumulando, contraponiendo y resolviendo paulatinamente. En el cáos en que se encontraba envuelto todo lo relativo á la constitución molecular, se entreven puntos brillantes que, como otros tantos faros, guían á los que navegan en este mar de la físico-química, la ciencia de mañana, y que, dada la rapidez de sus conquistas, ha de ser dentro de pocos años una región perfectamente conocida y en que los secretos de todas esas pequeñas entidades habrán sido descubiertos.

La química es una ciencia que proporciona diariamente sorpresas, aun á los que siguen de cerca sus progresos; la síntesis química nos ha permitido fabricar úrea, ácido úrico, alcaloides y millares de otras sustancias antes solo halladas en los productos de elaboración de los organismos del animal y del vegetal.

Nadie ya duda de la grandiosidad de su poder y hoy ningún Bouillaud le propondría síntesis de materias como la que hizo célebre la palabra de Cambronne, pues muy pronto se tendría su descubrimiento.

La química reconstruye y fabrica cuerpos orgánicos, pero no organizados y es menester sentar bien estas bases para no pedirle imposibles, ni resolución de problemas que están fuera de su alcance.

El químico ayuda á la humanidad suprimiendo el trabajo inútil de la elaboración lenta y costosa, y si del almidón y del serrin de madera hace alcohol, mañana tal vez, con la misma materia os puede dar un

pan, sin que estos resultados, perfectamente científicos, sean tachados de absurdos, como lo decía recientemente el célebre Victor Meyer.

Pero no es mi ánimo entrar en exposiciones de este orden, que se harían largas, penosas y hasta fastidiosas por el tecnicismo de lenguaje, y que presentadas en una sesión del género de la que motiva esta reunión, abusando de vuestra bondad, me acarrearía la clasificación de pedante.

Mucho he titubeado sobre el tema de mi discurso, ya que así debo llamarle por disposición reglamentaria, y ya que tengo el deber de deciros algo concreto, algo propio—no diré original, pues la originalidad se hace ridícula cuando no está sostenida por un talento fuera de lo vulgar—no he considerado este deber mio sinó como muy poca cosa, comparado con el honor que me habeis hecho, y por el que desearía expresaros toda mi gratitud y demostraros lo mucho que me preocupan las cuestiones referentes á la enseñanza superior de que está encargada esta academia, como parte de nuestra Universidad. Para llenar mis propósitos, voy á tratar en esta ocasión de asuntos de familia; hablaros de nuestras cosas y de nuestra manera de ser, de nuestra ciencia y de nuestros hombres de ciencia.

Existe en todas las academias un precedente piadoso y es la obligación para el nuevo académico de hacer la historia conmemorativa de la obra realizada en vida por el predecesor del que ocupa el puesto. Por suerte mía, ocupo el puesto de un vivo y que es aún colega nuestro en la categoría de miembro honorario.

Verdad es que podría aprovechar esta circunstancia para hablaros de la vida y trabajos de un distin-

BIBLIOTECA
ARATA

guido naturalista y químico, que la Facultad ha perdido recientemente. Me refiero al Dr. D. Domingo Parodi. Pensé por un momento que este debía ser el tema de mi discurso, pero este trabajo no está terminado aún y espero poderlo publicar en breve, cumpliendo un compromiso que he contraido ante la familia y los amigos de este hombre de ciencia y de corazón, al que me ligaban afectuosos lazos de amistad.

Entrando, pues, en materia, vamos á definir lo que es un hombre de ciencia para nosotros—Vulgarmente se llaman entre nosotros hombres de ciencia á todos los que ejercen una profesión científica. Así, el naturalista es un hombre de ciencia, lo mismo que el médico, el farmacéutico, y hasta son llamados hombres de ciencia los charlatanes que hablan de cualquier cosa que la generalidad no entiende.

Si hemos de contar nuestros hombres de ciencia con semejantes criterios, no podemos carecer de ellos y hasta los poseemos por millares. Pero si queremos comparar nuestros hombres de ciencia con los que llevan igual clasificación en otras partes, veremos muy luego que esos millares se reducen á cifras muy modestas.

Solo debemos llamar hombre de ciencia al que dedica su inteligencia, su actividad toda, al cultivo de una rama del saber humano, estudiando fundamentalmente una materia, siguiendo los progresos que en ella se hacen y contribuyendo por su parte al progreso de la misma, difundiendo y generalizando esos adelantos y también allegando el contingente personal de sus propios estudios y trabajos. Quedarían, como

se ve, excluidos del calificativo de hombres de ciencias, los eruditos que os podrán hablar, con más ó menos propiedad, de algunas cuestiones que siguen con amor y estudio, y cuyas funciones para con la ciencia se limitan á las de los reflectores de patio que repiten con la exageración propia de las imperfecciones de la superficie del vidrio, las imágenes que tienen por delante; y cuyo valor intelectual varía mucho según las condiciones de tiempo y de lugar, alzas y bajas de plaza, ni más ni menos que los artículos de bazar.

La ciencia es algo más sublime; solo ella puede proporcionar al hombre las verdades que han de aprovecharle, y sin ella no existiría la sociedad misma. Si por un momento supusiéramos que la sociedad puede conseguir su bienestar de otra fuente que la que nosotros llamamos ciencias experimentales, es decir, del estudio metódico y paciente de los fenómenos y de las cosas, la ciencia verdadera nada importaría; se limitaría á ser una erudición banal, una curiosidad de aficionado, algo como papel de máquina pintado; y los espíritus superiores que tienen otros ideales, se entregarían á la desesperación mas justificada, pues este estado de cosas importaría la destrucción de las fuentes más puras del trabajo intelectual en su sentido más elevado.

Y la ciencia pura no arraiga entre nosotros, porque no se la entiende, ni se comprende que haya quien la cultive. Cualquier entusiasta por esas concepciones de la mente humana, por esos vuelos de las inteligencias superiores hacia regiones en que se estudian principios eternos y leyes eternas de la materia que forma los mundos, podrá permanecer perfectamente aislado, compadecido de que se pierde el tiem-

po en semejantes cosas, muy lindas, muy bonitas, pero que de nada sirven.

Estamos dominados por un utilitarismo desesperante.

El utilitarismo que exije que todo principio, toda idea, toda experiencia, toda obra, tenga necesariamente un fin práctico, es desconsolador, y nos lleva á consecuencias ridículas. Lord Macaulay no puede menos de hacerse compadecer, cuando dice que si tuviese que escoger entre un zapatero y los tres libros sobre la cólera, de Séneca, no titubearía en quedarse con el zapatero, pues los zapatos han evitado mojarse los piés á millones de hombres, mientras que los tres libros de Séneca no han impedido á nadie las rabietas.

El argumento es pobre, aunque gracioso, y podría observársele á Macaulay que si los libros de Séneca no impiden mojarse los piés á nadie, tampoco lo impedirían sus ensayos puestos debajo de un brazo de un hombre descalzo, aunque debajo del otro llevase su historia de Inglaterra.

Dejándonos de bromas, debemos tener presente que un principio cualquiera de ciencia pura, descubierto, puede ó no tener su importancia y aplicación inmediata.

Tantos de estos que la han tenido en el momento mismo en que se han revelado, la han perdido después, y otros conocidos desde siglos anteriores, recién después de muchos siglos han podido ser utilizados directamente por el hombre.

Verdad es que las academias siempre han mencionado en sus estatutos los principios utilitarios ó de

aplicación que ellos pueden reportar á la sociedad en que se fundan y prosperan—pero es menester agregar muy luego que esto se ha hecho para satisfacer las exigencias del público y de los que así piensan, y para nosotros debemos agregar que en los países en que es menester recurrir á esta ficción, el terreno verdadero en que la ciencia pisa es desconocido.

Lo único verdadero, eterno, es la ciencia pura: la ciencia por la ciencia; la aplicación es accidental y fortuita; puede y debe venir, pero no preocupa al verdadero sabio, encargado de mantener vivo el fuego sagrado de la diosa, sin ser una vestal, pero no por eso tampoco un tambero que la aprovecha como á una vaca sacándole la manteca para su consumo, parafraseando los célebres versos de Schiller:

Einem ist sie die hohe, die himmlische Göttin; den andern
Eine tüchtige Kuh, die ihn mit Butter versorgt.

Es menester tener presente que hay un concepto equivocado de pensamiento, cuando se juzga los hombres que descubren é inventan por la utilidad inmediata que la humanidad consigue de esas invenciones.

Indudablemente, juzgado con esos criterios, sería más célebre el inventor del betún, que el descubridor de la gravitación universal. ¡La aplicación! Muchas veces es una blasfemia—Recuérdese la frase de un lavandero ante la catarata del Niágara: *¡qué lindo lugar para enjuagar la ropa!*

Repitámoslo una vez más: la ciencia reforma la industria, crea la riqueza pública, pero no como lo entiende ordinariamente el vulgo—haciendo descubrimientos de encargo: Su obra es la obra que la Biblia atribuye al espíritu de Dios: *que sopla donde quiere y nadie sabe dónde va y de dónde viene.*

Un descubrimiento como el de la alizarina artificial, arruina la producción de una región; crea industrias nuevas que enriquecen otras naciones; el del índigo artificial, que ha necesitado mayor suma de trabajo intelectual, nada modifica, pero está destinado mañana tal vez á trasformarse y hacerse de un provecho que, en el presente, no se alcanza á comprender.

Dejando, pues, sentado que la ciencia fecunda, preñada de beneficios para la humanidad, es la ciencia pura, echemos una mirada sobre lo que nosotros hemos hecho por ella desde los tiempos coloniales.

La ciencia, para desarrollarse, necesita de una escuela de experimentación en que el alumno desde sus primeros pasos, aprenda los principios, el alfabeto de la ciencia, estudie sus métodos y los aplique bajo la guía y los ojos del maestro que ha de enseñarle á manejar cada instrumento, y á conocer su importancia y el valor que tiene para la obtención de un resultado.

Nuestras ciencias son experimentales y necesitan del laboratorio, del libro y del maestro. Si falta alguno de estos factores, no puede haber ciencia; habrá erudición, habrá conocimientos más ó menos extensos, pero no habrá hombres de ciencia.

Nosotros no hemos poseído laboratorios sino en estos últimos años; y esto explica el estado de atraso en que aún nos encontramos.

¿Qué podían ser las ciencias naturales entre nosotros á principios del siglo? El venerable Dr. Juan M. Gutierrez nos lo refiere para la física, con la galanura de exposición que le era característica, en su historia

de la enseñanza superior en Buenos Aires. Pobres cuadernitos que se leían á los alumnos y que estos copiaban, y cuyo fondo de doctrina representaba no la física de esa época, sino la de muchos años atrás. No se disponía del más sencillo instrumento, y profesores hubo que, sin tener un barómetro ni saberlo formar, explicaban la ascensión de los líquidos en los tubos vacíos, con la bombilla del mate y se valían de la cuchilla del picador de tabaco para demostrar el mecanismo de la palanca en relación con el punto de apoyo y la fuerza resistente. Refiere haber conocido estudiantes de esa época que entendían la física de esa manera y cuenta de uno que se quejaba de cortedad de vista, que él atribuía á la observación de un eclipse solar, que había hecho cuando estudiaba el año de física en la Universidad.

Rivadavia contrató en Europa al Dr. Carta Molina, sabio italiano, quien utilizó los primeros instrumentos de física que llegaron al Plata y que aún existen en los gabinetes de la Universidad. La residencia de este primer profesor entre nosotros duró muy corto tiempo; fué reemplazado por el célebre astrónomo y físico italiano Octaviano Fabrizio Mossotti, cuyo retrato adorna el salón de grados de la Universidad, y quien, con ardor extraordinario, llevaba á cabo sus trabajos en los claustros de Santo Domingo, en donde vivía y en donde tenía instalados sus instrumentos astronómicos y físicos.

Ocho años ha pasado Mossotti en Buenos Aires, años de labor fecunda y de observaciones pacientes, que le llevaron al descubrimiento de las variaciones que determina en el peso del aire, la fuerza centrífuga de la tierra.

El año 1826 el Dr. Manuel Moreno dictó el primer

BIBLIOTECA
ARATA

curso de química, pero la enseñanza de esta ciencia se hizo por muy corto tiempo, y las luchas políticas de aquellos años absorbían más la actividad del profesor que la contemplación pura de la naturaleza.

El célebre Amadeo Bompland ha pertenecido igualmente, y por corto tiempo, á nuestra escuela de medicina, como profesor de materia médica. Pero los movimientos políticos de aquellos tiempos y el estado de sumo atraso y abandono en que yacían los estudios científicos entre nosotros, no podían halagar á un sabio de su talla; se retiró á Misiones para estudiar su flora; pasó al Paraguay, en donde sufrió el cautiverio que le impuso Francia, y después de haberse decretado su libertad por la intervención de hombres notables de Europa, se retiró nuevamente á Corrientes, en donde murió el año 1858.

Otros hombres de ciencia han vivido posteriormente entre nosotros, han practicado trabajos que han ilustrado su nombre, que han hecho conocer al mundo las riquezas de nuestro suelo, pero ninguno ha dejado un discípulo, un continuador de su obra. Esta ha concluido con la muerte ó con la ausencia del maestro.

Sarmiento, cuya figura se agigantará á medida que trascurran los años, pensó en dotar á la república de instituciones científicas, de escuelas de experimentación, que sirvieran de semillero para los futuros sabios que todo país tiene la obligación de presentar al mundo. De la obra de Sarmiento la nación solo ha cosechado los trabajos del observatorio de Córdoba, el trabajo de Gould y sus ayudantes: lo demás todo se ha destruido, todo ha quedado en la nada.

Los maestros que se han contratado para la república, han sido sabios de alquiler, ninguno ha formado

escuela; no han tenido discípulos y solo se han ligado al país por bienes materiales y no por los lazos morales, que hagan recordar con cariño su nombre; si alguna excepción debemos hacer, es de extricta justicia que se haga para los profesores que fundaron la escuela de ingeniería de nuestra Universidad, que nos han dado el plantel de esta institución y á los que el país debe agradecer este servicio. Uno ó dos nombres más podría citar como escepciones.

Los demás han explotado sus puestos, los dineros nacionales en provecho propio, y si han preparado material de trabajo, ha sido para enviarlo á Europa para mandarse mudar con él: han trabajado para sí mismos y no para el país.

Con penuria de medios y con tan mal resultado como coronamiento de buenas intenciones mal servidas, no es extraño que no tengamos aún escuelas nacionales de ciencias experimentales, comparables con las de Europa. Tenemos, sin embargo, algunos hombres de ciencia que han brotado en esta pampa como productos espontáneos de una tierra fecunda, pues todas las naciones tienen sus hombres de ciencia, pocos ó muchos, pero que siempre existen, revelando una vida intelectual.

Nuestros hombres de ciencia son todos autodidactas; se han enseñado á sí mismos y ahora algunos enseñan á los demás y son la base segura de la escuela nacional que debemos propender todos á formar, para merecer el nombre de pueblo, de nación civilizada.

No debemos ni podemos considerarnos intelectualmente inferiores á ninguna nación; nuestros hombres de estudio deben llevar al tesoro común su contingente científico, á la par de los demás países americanos.

¿Acaso el talento y el trabajo son sólo patrimonio de los europeos?—Nosotros podemos trabajar como ellos, en la medida de nuestras fuerzas, y básteme recordar que los hermanos Sainte Claire Deville, químico insigne uno, geólogo notabílisimo el otro, ambos eran americanos, como americano ha sido Del Rio, el descubridor del vanadio, Alvaro Reynoso, Caldas, uno de los Mutis, el padre Molina, Unanue, Zea, Triana, y tantos otros que no recuerdo, y debo también hacer presente que muchos trabajos de argentinos sobre temas de ciencia han sido recibidos y publicados con aplauso entre los que producen los sabios de Europa.

Carecemos de medios, es verdad, pero esto es transitorio y puede remediarse. Somos un país nuevo, también es verdad. Pero esto que podría ser una gloria para los que algo hacen, no debe ser una escusa para los que no hacen nada. Los que conocemos estas ventajas no debemos estar más dispuestos á vanagloriarnos de nuestras condiciones desventajosas de acción, en vez de poner toda nuestra buena voluntad para remediarlas. ¿Y qué debe hacerse para conseguir nuestros propósitos de fundar una escuela nacional de trabajo científico?

Propender á la difusión de los laboratorios de investigación y hacer todo lo posible para que estos se hallen en buenas manos, y por buenas manos debemos entender no tanto hombres de grandes dotes intelectuales, de una educación científica completa, que no tenemos, sino en las de buenos y leales servidores de la patria, pues á la patria tambien se sirve como soldados del trabajo, alimentado por el ardor de la ciencia, por el deseo de abarcarla y seguirla en sus conquistas más recientes, ensayándose en la experimentación paciente, aplicando los métodos cónocidos

á la dilucidación de nuestros propios problemas:— estudio de nuestra flora, de nuestra fauna y riquezas naturales, investigándolas con el sano criterio de la ciencia moderna y trabajando por la ciencia misma y por la patria.

Es menester que los maestros que se elijan no se apasionen por las cosas exteriores que constituyen la vida diaria, que no entiendan de política, que no sepan como se hacen negocios, ni como se gana dinero y que, gozando de una vida cómoda y holgada, no tengan que sufrir necesidades, ni que pensar si mañana les foltará el pan para su família, y que puedan encontrarse siempre en una condición mental de hombres despreocupados, que puedan descansadamente usar del cerebro para dilucidar cuestiones puramente científicas.

En el santuario de un hombre de ciencia, que es su estudio ó su laboratorio, no deben repercutir los ecos de los movimientos que concitan las pasiones humanas, como en la vida de calle, en donde fermentan la pasión y el bullicio de los negocios y se remueven con vertiginosa avidez los apetitos de la ganancia más ó menos lícita de dinero. En el laboratorio debe hablarse de política antigua y nunca tratarse de la contemporánea, en la que pasiones violentas azuzan hombres en contra de otros hombres para favorecer triunfos personales, evitando de esta manera odios injustificados, que están reñidos con la apacible cordura que debe regir los juicios de un hombre de ciencia que busca la verdad y sólo la verdad.

De esta manera se sirve á la patria, á sus intereses, á sus progresos y se contribuye á su gloria desinteresadamente sin soñar en el poder, ni ambicionar otra satisfacción que la muy pura y noble que resulta de

BIBLIOTECA
ARATA

cumplir un deber, no para con un partido político, sino para la comunidad, á la que el hombre de ciencia debe su vida, su actividad y que beneficia con sus trabajos, que pueden ser descubrimientos inmortales, ó en un rango más modesto, servicios inmediatos profesionales en los que, exponiendo la vida, se dá todo lo más precioso que el hombre puede ofrecer como holocausto de dedicación á sus semejantes.

La política es una fuerza que arrastra á muchos jóvenes; es un campo que atrae, que fascina y que promete buenas mieses á los que saben sembrar al lado que el sol calienta y que fecunda; pero debe recordarse también que granizadas inesperadas destruyen cosechas florecientes que, halagaban á sus dichosos poseedores.

El hombre de ciencia sólo tiene un campo que sembrar: el de los estudios de su especialidad, en donde recogerá todo lo que confíe á esa tierra, que le dará espigas abundantes, de buena ley, fuera del alcance de los enemigos del labrador.

Dejando á un lado estas condiciones morales que deben exigirse á los hombres que se dedican á la labor científica, pasemos á los medios que deben tener á su alcance para llenar su misión.

Hemos dicho que necesitamos libros y laboratorios.

El libro es un instrumento de trabajo, tan necesario para el que estudia como el maestro mismo. Poseer libros de ciencia es multiplicar los maestros que enseñan en una escuela, y todo gabinete de trabajo debe poseer una biblioteca de todas las publicaciones sobre la materia de enseñanza. La elección de los libros

debe ser confiada al profesor, quien la formará de preferencia en los periódicos en los que se registran los nuevos trabajos; los textos deben ser excluidos, pues estos debe tenerlos en propiedad el alumno.

Las bibliotecas de los institutos, para llenar sus funciones deben poseer además las obras voluminosas y caras, fuera del alcance de la generalidad. Sobre este punto nuestras bibliotecas se hallan en un estado deplorable. Aparte de algunas bibliotecas particulares y la del Museo Público, las demás, incluso la nacional, carecen de las obras más indispensables para el trabajo científico. Me bastará decir que en todo Buenos Aires no se encuentra una colección completa del *Comptes Rendus de l'Académie des Sciences*, por no hablar de otras revistas más raras é igualmente indispensables como instrumentos de trabajo, que no se conocen ni de nombre en las bibliotecas de que disponen los estudiante.

La Facultad de medicina debe propender á remediar esta deficiencia por lo que toca á las ciencias médicas y los ramos de cuya enseñanza está encargada.

En cuanto á laboratorios, nuestro estado es verdaderamente embrionario. No tenemos un laboratorio de enseñanza que pueda compararse con el de la última universidad de Alemania. Concretándonos á nuestra Facultad y aparte de los laboratorios de anatomía y de histología, la química, farmacología, higiene, toxicología, física, fisiología, apénas se hallan representadas por un embrión de laboratorio y todas necesitan para desarrollarse y llegar á la altura en que deben estar colocadas, de instalaciones apropiadas y una dotación instrumental que importará indudablemente grandes desembolsos.

El dinero debemos buscarlo y lo pueden proveer,

ya sea el erario público, y si este en las actuales circunstancias no lo puede dar, tratemos de conseguirlo de la generosidad de los particulares, de todos los que se han formado en esta escuela y que no harán sino devolver una pequeña parte de su fortuna, que han recibido con el título que la escuela les ha acordado.

Se me objetará que entre nosotros nadie dá nada para institutos públicos, y hay razones que justifican este fenómeno raro. Nuestras autoridades han hecho siempre poco caso de la iniciativa privada; los legados no han sido respetados—hemos visto una escuela pública construida con dineros particulares y destinada á la enseñanza elemental, ser invadida por razones de fuerza mayor y destinada á objetos muy diferentes de las intenciones y propósitos del donante.

En la Universidad existe una tradición de unos terrenos que en la época de su fundación fueron donados para constituir un fondo universitario: los títulos de los terrenos se han traspapelado y sólo queda como recuerdo en la Universidad el retrato del generoso donante.

Es menester reaccionar contra estos vicios que se han constituido en sistema, para poder obtener donaciones generosas, de particulares á los establecimientos públicos—pues debemos recordar que en todas partes se producen, y constituyen en algunos países las entradas más importantes de los establecimientos de instrucción superior.

Si nosotros conseguimos formar centros de estudio bien dotados, nuestros pocos hombres de ciencia podrán emplear sus facultades intelectuales en provecho de la ciencia argentina; habrá estímulo, habrá

trabajo y habrá producción de descubrimientos, que brotan siempre cuando se consulta por medio de la experiencia á la naturaleza.

Que esto se realice, serán mis aspiraciones en esta Academia, y dependerá de vosotros, señores académicos, el conseguir lo que pido, como dependerá de vosotros, jóvenes estudiantes que me escuchais, el constituir esos centros de estudios que deben dar lustre y gloria á la institución á la que acudís para pedir un título profesional; pero este no debe ser el único fin de vuestra carrera, sino el propósito de sucedernos, ocupar nuestros puestos y llevar con vuestro concurso nuestra naciente Facultad á la altura en que se encuentran las de otros países que tomamos como modelo.

Os he hablado de ciencias en general, y cuyo conjunto, aunque constituya el arte de curar, y aunque no las considereis ahora sino como accesorias, debeis pensar que esto es debido á condiciones de tiempo y de lugar, y que la ciencia es unitaria en sus principios y la reunión de sus ramas forma el arbol poderoso y fecundo de la universalidad de los estudios. Reflexionando sobre esto, vereis que la fantasía del poeta se amalgama con el talento creador del observador fecundo en descubrimientos; que el cálculo del matemático complementa y eterniza el experimento del físico; la química crea sustancias que aprovecha la medicina, y en el estudio de los fenómenos de la vida, la química y la física son la parte esencial de la fisiología; la clínica funda sus deducciones en esta, y las ciencias todas toman el carácter y el sello especial de los métodos experimentales, cuya unidad y generalidad las abarca, envuelve y domina.

De esta armonía de las ciencias debe brotar espon-

BIBLIOTECA ARATA

tánea y poderosa una asociación de naturalistas, físicos, médicos, químicos, historiadores, filósofos, jurisconsultos, que se comprendan todos por que todos han bebido en las mismas fuentes, hablan el mismo lenguaje y todos unidos son los ángeles custodios de la luz eterna que disipa las tinieblas, falange invisible pero siempre activa, que guía la patria hacia el camino del progreso, á que concurren todas las naciones.

He dicho.